

## SPQR

Ya tenía ganas yo de visitar esta ciudad. Mis padres habían estado antes, así como muchos otros compañeros, en su mayoría apasionados por el arte y la historia. Todos ellos me la habían recomendado insistentemente. «Es grandioso», decían. «Vas caminando tranquilamente y al girar cualquier esquina te encuentras con un gran monumento medio derruido, como si una anomalía temporal hubiera mezclado dos épocas lejanas en una misma coordenada espacial». «Debes ir», añadían tajantemente. Pero yo soy un chico más cosmopolita. Prefiero las ciudades modernas, cargadas de atrayentes espectáculos de entretenimiento como cines 3D o aventuras de inmersión total holográfica. Será la edad. El caso es que hasta ahora no había encontrado el momento para ir, y hoy simplemente he decidido aparcar la diversión hasta la semana que viene. Pero entre mi poco gusto por el arte y la historia y las grandes expectativas creadas, creo que la visita me decepcionará. De todas maneras, esta mañana me he levantado temprano, he preparado unos sándwiches, he descargado unos mapas, y en un periquete me he plantado en la ciudad.

A pesar de ser una ciudad actual, la gran cantidad de monumentales construcciones que siguen en pie tras eones de historia son su principal atractivo. Pienso en la gente que vivió en esta ciudad en su época de máximo esplendor, las costumbres de sus ciudadanos, el poder político establecido, las guerras que se dirigieron desde aquí. Un escalofrío recorre mi cuerpo, y no es precisamente debido a la fresca brisa matutina. Sugestionado quizás por los comentarios sobre la ciudad, me siento intimidado por el hecho de que una vez fuera la capital de un gran imperio que llegó a dominar la mayor parte de occidente. La verdad es que nada más llegar se intuye; es como si estuviera en el ambiente.

Estoy inmerso en mis pensamientos y cuando levanto la mirada me encuentro con mi primera parada. Me quedo boquiabierto. No tengo palabras. Ante mí se alza un estadio oval de aproximadamente cinco pisos de altura. La planta ocupa el espacio de un par de manzanas. No me sorprende tanto el tamaño como los materiales, pues la construcción se ve maciza y muy pesada. Aún recuerdo cuando trajeron el anfiteatro de mi ciudad, una monoestructura de nanotubos de carbono que aun siendo mil veces más ligera que la piedra es mil veces más resistente. Lo fijaron por diez puntos a veinte metros bajo tierra, de lo contrario lo podría arrastrar un pequeño huracán, y en menos de un mes lo acicalaron para su inauguración. Me impresiona el titánico esfuerzo, técnico y humano, necesario para erigir la presente estructura en otros tiempos. Me pregunto si las facilidades que nos ofrece la tecnología actual no estarán haciendo de la raza humana unos imbéciles en potencia. Sin duda nuestros antepasados demostraron gran ingenio para salvar unas dificultades que hoy no existen. Si le dieran los instrumentos primitivos a un ingeniero actual, ¿sería capaz de construir semejante instalación? La teoría parece fácil; con materiales tan pesados, la única solución es amontonar piezas pequeñas como si de un juego de niños se tratara. En la práctica resulta que las piezas pueden ser más grandes que uno mismo, y por entonces no se podía distorsionar la gravedad. Irracionalmente mi confianza en la tecnología decrece, y mi imaginación se dispara hacia el pasado. Ha hecho falta menos de una hora para que la magia de la ciudad me absorba.

En los alrededores del recinto, que se conservan sin edificar, se concentran centenares de turistas maravillados y vendedores ambulantes de todo tipo de souvenirs, tanto del estadio como de otros monumentos de la ciudad. Réplicas holográficas, lienzos con animaciones recreadas de la época, descargas de imágenes para la ropa, *videopostales*, y otros pequeños útiles cotidianos como *stylus* y llaves universales

conforman su repertorio. No puedo evitarlo, tengo que hacerme con una estampa para mi suéter. Después de revisarme todo el muestrario un par de veces, me decido por una imagen con un esquema isométrico del estadio y cortes que muestran la disposición interior. Planto mi huella en el datáfono y me transfieren la imagen. Ahora me siento en fase con el lugar, ya estoy preparado para visitar el interior.

Las gradas están en un estado pésimo de conservación, y el terreno de juego no es más que una extensión de tierra, pero todo el conjunto incita a fantasear. Según tengo entendido se practicaban varios deportes de la época. Creo que eran unos juegos bastante salvajes; literalmente se libraban batallas, en materia, para divertir a la gente. Los jugadores, o equipos, no colaboraban por un objetivo común sino que luchaban unos contra otros resultando en un vencedor y un vencido. ¿Cómo podría alguien hacer *tai*, hoy en día, si otro equipo intentara evitarlo y quisiera marcar *tai* por su cuenta? A veces incluso había peleas entre los participantes, he visto películas 2D sobre ello. ¡Qué bárbaro! La gente acudía en masa a los espectáculos en su tiempo libre. Debían haber unas sesenta mil personas y se situaban en las gradas según su escalafón social, o más bien debería decir económico, si bien ambos eran equivalentes por aquellos tiempos. La primera fila estaba reservada para los más pudientes y se pagaban cifras indecentes por ocupar estos asientos. A media altura, y en posición centrada con el juego, estaba el palco de las autoridades. Políticos, pensadores, gente influyente, y dueños de los jugadores lo ocupaban. El precio del asiento disminuía en proporción a la distancia al campo, así, en la grada superior se reunía la clase más baja. Allí se desfogaban; chillaban y abucheaban; se sentían parte de la sociedad, y con eso ya se conformaban. Desconocían que los túneles de salida eran más estrechos y largos que los de graderías inferiores para que al salir no se mezclasen con las clases superiores. De hecho, ninguna persona podía salir más rápido que cualquiera que hubiera pagado más por su entrada, y desde luego no quería tardar más en salir que cualquiera que hubiera pagado menos. Me horroriza la ética de esta civilización. Imagino que estaban tan acostumbrados a la guerra que extendían la lucha a todos los niveles civiles y sociales. ¿Qué pensarán de mis modales de aquí a mil años?

Me transporto instantáneamente al siguiente monumento situado en el centro histórico. Desde allí caminaré por la vía principal para visitar el resto de la ciudad.

El edificio, de los más modernos, se conserva completamente en pie, aunque su color, originalmente blanco, denota el inexorable paso del tiempo. Está situado en una enorme plaza cuyo suelo, terriblemente reflectante, choca con la gran estructura clásica que se yergue ante mí. Hace unas horas adoraba los suelos modernos y sus psicodélicos reflejos. Me gustaban en todas partes. Ahora, en cambio, reconozco que aquí rompen la magia devolviéndome a la actualidad, y son sólo una muestra más del mal gusto sajón. En un extremo de la plaza, una gran escalinata conduce al pórtico central acolumnado que culmina en una gran cúpula. De él nacen dos alas, también acolumnadas, que, en un abrazo, te reciben de vuelta a otra época diferente; no más buena, simplemente anterior.

Este templo fue, en su tiempo, el centro ideológico más poderoso del planeta. Aquí se decidía qué era moralmente aceptable, y qué no lo era; quién era el demonio, y contra quién se debía luchar. Todo en nombre de un Dios de cada vez menos personas. Sé que en sus entrañas alberga grandes estatuas de mármol de figuras históricas y un sinnúmero de detalles arquitectónicos únicos, pero por convicciones propias no entraré a visitarlo.

Después de zamparme los sándwiches reemprendo la marcha bajando por la calle principal. Hacia el fondo es perfectamente visible un gran obelisco que rinde honor al que se puede llamar el primer César de este gran imperio, y uno de los que se llamaban padres de la patria. Hacia él me dirijo avanzando por la ancha avenida, combinación de ruinas de un gran foro, entre las que no falta un clásico arco triunfal, y museos de todo

tipo: históricos, naturales, artísticos y aeronáuticos. Los edificios, en su mayor parte al estilo clásico del Imperio, han sido restaurados para albergar sus colecciones. No pensaba visitarlos en directo puesto que la mayor parte de sus contenidos ya los había estudiado virtualmente durante mi enseñanza obligatoria, pero seguro que en cuanto tenga alguna tarde libre los pienso explorar, uno a uno, en materia. Aún a riesgo de que se entere algún amigo o familiar, confieso (miento rectifico), que las recreaciones virtuales no transmiten las poderosas sensaciones que sí transmiten sus correspondientes en materia. Diferencia que, antes de hoy, únicamente podía haber apreciado, quizás, con el sexo.

A poco de llegar al obelisco, reclama mi atención una bella estructura circular de mármol blanco cubierta por un domo; lo que podríamos llamar el clásico panteón Griego. De los griegos no sólo adoptaron este edificio, también adoptaron la democracia. Ésta, a pesar del transcurso de los siglos, no la hicieron avanzar significativamente. El acceso a los puestos de poder, los senadores, todavía estaba restringido a la clase alta; en su mayoría, gente sin escrúpulos que había hecho dinero a base de esclavizar al pueblo; un pueblo esclavo de su trabajo, y esclavo del estilo de vida y la moral establecida. El estatus social se heredaba como las posesiones, pues tan sólo se medía en la cantidad de ellas. En cuanto a la religión, aunque los nativos eran politeístas con dioses basados en la naturaleza, como los griegos, la religión establecida posteriormente fue monoteísta.

Giro a la derecha al llegar al obelisco, y me dirijo a la residencia de los 44 Césares del Imperio, la Casa Blanca. Cualquier descripción sobra para un edificio ampliamente conocido, venerado y odiado, cuyas ruinas yacen, ahora neutras, ante mí. Los pases para la última visita guiada del día se han agotado. Ingenuo de mí, creí que el arte y la historia no atraían a la gente y me he encontrado una ciudad masificada por los turistas. Quizás me replantee mi futuro, parece que la bioingeniería no es el único interés de nuestra sociedad. Lo tendré en cuenta a la hora de elegir mi carrera universitaria. Aunque en este momento lo que sí debo replantearme es mi medio de transporte. Será mejor que alquile un aerodeslizador si quiero ver el resto antes de que anochezca.

Vuelvo con el aerodeslizador hacia el obelisco y atravieso el estanque artificial que separa el monumento a Washington del memorial a Lincoln. Mientras, la cabina me relata pasajes históricos de concentraciones pacifistas y los discursos de grandes personalidades.

El memorial a Lincoln era tal y como yo lo recordaba virtualmente, los mismos olores y ruidos de fondo, el frío mármol. Pero aquí, sólido y firme, desata mi imaginación. Incluso la gigante estatua de Lincoln es excepcionalmente amenazadora. De pie, en el lugar dónde Martín Luther King Jr. reveló su sueño al mundo, recuerdo el bullicio de la simulación holográfica, y recuerdo la particular idiosincrasia de un Imperio donde se debía luchar por todo, incluso por el derecho más natural a la igualdad y la libertad. Afortunadamente también se permitía luchar por todo, y algunas veces se podía incluso ganar, aunque le podía costar a uno la vida, como cualquier otra guerra.

Vuelvo a mi aerodeslizador y atravieso el cementerio de Arlington de camino al Pentágono, la sede del ejército teóricamente imbatible. Y realmente era imbatible por cualquier otro ejército, pero resultó aplastado por la fuerza de los pueblos. Hicieron un fenomenal trabajo colaborando en la liberación de la antigua Europa, gracias al apoyo de los ejércitos locales y, básicamente, de la gente y la resistencia organizada que los estaba esperando. No hicieron tan buen trabajo en posteriores campañas en países donde no eran bienvenidos. Creyeron aprender y optaron por arrasar en la 3ª Guerra Mundial. Realmente lo hicieron. Un exterminio casi total. Pero entonces la aldea global respondió. Nadie les invadió, pero nadie más les compró. A nadie le dio pena. Y tal

como nacieron de la diversidad, murieron desmembrados en la diversidad. O al menos así es como me lo explicaron en clase. El dragón despertó y tomó su liderazgo, económico y cultural. Sin quererlo, la gente consumía nuestra comida, nuestras novelas, nuestras películas, nuestra ciencia, fiestas, ropas, músicas... Vivían nuestra vida. No limitamos el monopolio del Imperio al territorio chino. Exportamos e importamos todo, incluso la gente. La gente no va a China para vivir en el corazón del Imperio, allá donde esté vive en él, y tiene la libertad de abandonarlo. Nuestro Imperio no es un territorio, es un estilo de vida. No necesita recaptar dinero fuera de nuestras fronteras para enriquecer el núcleo. El núcleo fue histórico, ahora es como cualquier otro punto en una esfera, equivalente e indiferente. Y algún día, sin darnos cuenta, ya no seremos chinos, seremos... quién sabe qué. Catalanes quizás. Pero lo será toda la humanidad a una y sin batallas. Incluso en Pekín serán felices de ser catalanes.

Llegó la hora. Ya me deben estar echando en falta en Santa Coloma, así que reclamo mi puerta transdimensional y me planto de vuelta en la capital europea del Imperio. Más de diez mil kilómetros en menos de un nanosegundo. De hecho, se puede decir que durante un picosegundo he estado en los dos lugares a la vez, aunque sería menos egocéntrico, y más rigurosamente científico, decir que las dos ciudades estaban en el mismo punto del espacio-tiempo. Nada más llegar, caigo en un sueño involuntario que me transporta a una época en que tal viaje me hubiera ocupado medio día. Mi mente, incontrolada, se desplaza más y más, desde un viaje de diez días hasta uno de varios meses. Y pensar que me ha llegado a dar pereza preparar un viaje transdimensional. ¡Habrás visto! Si se puede volver en cualquier momento a recoger cualquier cosa que se necesite. La velocidad del mundo actual no deja tiempo para la reflexión. Ni siquiera recuerdo lo que hice el fin de semana pasado. Absorber, deponer, y decidir qué absorber de nuevo. Es el signo de los tiempos, aunque pienso luchar contra él. La semana que viene iré en barco a Roma, y a la vuelta pienso relatar con calma la visita.